



LA ÉTICA ANTE EL VACÍO DE LA EXISTENCIA⁵²

Francisco Marín

coraxthelastone@hotmail.com coraxthelastone@yahoo.es

¿Qué es bueno? – Todo lo que eleva el sentimiento de poder, el poder mismo en el hombre.

¿Qué es malo? – Todo lo que procede de la debilidad.

¿Qué es felicidad? – El sentimiento de que el poder crece, de que una resistencia queda superada.

Nietzsche

El profundo miedo a vivir del esclavo propicia la integración funcional de la manada, donde el buen pastor, el líder moral, el caudillo carismático, etc., sólo es otro esclavo que goza del engañoso privilegio de someterse al bienestar del rebaño, a través de la preservación del sistema de sometimiento de los corderos. Mandar obedeciendo, gobernar sirviendo. El insaciable apetito vital propio del guerrero, por su parte, genera misántropos ascetas, desarraigados de su contexto y de su tiempo específico de vida. Construir destruyendo los sentidos de la existencia, destruir construyendo los significados de la vida.

I

Los valores no son simples lances regulatorios de la conducta social humana, sino que definen el sentido y el significado de la existencia misma de la especie, los pueblos y los individuos. La ética de una época determina la identidad histórica de la sociedad y la singularidad personal de los individuos que la conforman. La sociedad construye sus prácticas éticas en la interacción socio-histórica con otros pueblos, bien sea por tradición, aculturación, inculturación o transculturación; mientras tanto los individuos conforman su eticidad particular por disciplinamiento, agenciamiento, resistencia o afirmación existenciaría. Los valores encadenan, liberan o desquician la vida individual y/o social del ser humano. Y aun cuando todos los valores son sociales, no existe

una continuidad necesaria entre la moral social y la ética individual. Los valores que posibilitan la cohesión social pueden dislocar la vida de un individuo y viceversa; es decir, los valores que sustentan el instinto vital de una persona, pueden provocar la anomia en un tramado comunitario. En sentido estricto, la pragmática de los valores define la *moral de esclavos*, la *ética de libertad* y la *deontología paranoica*.

La moral de esclavos, siguiendo a Nietzsche (2006), subordina la vida del individuo y de la propia sociedad a los valores tradicionales de la manada, que fundamentan el sistema de dominio prevaleciente. La voluntad de servidumbre es el sustrato de la moral de esclavos. La aspiración central de la voluntad de servidumbre es que el estatus social y el Estado – en cuanto organización política de la sociedad y situación histórica del orden cultural-,

¹ Una versión del primer aforismo ya fue publicado en: *Microfilosofía*:

<http://www.microfilosofia.com/2015/06/laetica-ante-el-vacio-de-la-existencia.html>

predominen por sobre el deseo y las voluntades colectivas e individuales. La moral de esclavos se significa en el control sistemático e institucionalizado de las apetencias, los intereses y las aspiraciones comunitarias y particulares; el desorden, el caos, amenaza la estabilidad social y debe ser exiliado del seno de la comunidad. Las revoluciones sociales rompen el orden y el control de la sociedad; por eso mismo, la manada se organiza para demandar e imponer nuevas formas de regulación comunitaria; es la causa principal de que toda revolución social termine con la instauración de una dictadura –pues, parafraseando a Fernando Savater (2007), bien es posible afirmar que «las revoluciones sólo han servido para reforzar más el poder de la autoridad e intensificar la separación de los agentes de dominio». En la perspectiva de la voluntad de servidumbre, la vida sólo puede cobrar sentido como parte del desarrollo socio-histórico de los valores, del progreso de la moral, de la maduración ética del ser humano; de ahí, entonces, que la propia libertad se convierta en una condena histórica, en un destino social, en un legado político, del cual es imposible escapar. Para la moral de esclavos, la conquista de la libertad no proviene de la afirmación de la propia singularidad, del deseo de ser y/o de la voluntad performativa de crear, sino que es un legado del desarrollo socio-histórico, de la maduración humana. La historia, en cuanto desarrollo progresivo de las disposiciones originarias de la especie humana, constituye la realización del fin moral supremo, esto es, la concreción de la libertad como bien trascendental, de acuerdo con la concepción kantiana. El culto cívico a la *experiencia de la libertad* es una refinada trampa del poder, puesto que la ritualización intelectual del pensamiento libre y de las prácticas autónomas sólo pretende encubrir las nuevas formas *flexibles, líquidas, blandas*, de ejercer el dominio político y de arraigar la vocación de servidumbre, en aras del bienestar y la estabilidad social. A la libertad no se le debe culto político, ni ritual religioso; sólo se le puede honrar en la discreta afirmación de sí, o en la estridente creación performativa. Ahí donde la libertad se ritualiza en credos políticos, o en dogmas de religiosidad cívica, los individuos emancipados y las comunidades libres son una simple ficción que se aferran al dominio social, para no desvanecerse en el vacío desierto de la historia. El paladín libertario sólo es un obseso

esclavo que subyuga al alucinante vuelo de los estandartes de la libertad.

La ética de libertad potencia las fuerzas performativas que comporta el devenir de la vida, la cultura y la sociedad, pese a la naturaleza contingente de la existencia mundana; de hecho, el carácter inexorable de la muerte y la entropía que parecen disolverlo todo en la nada, la conciencia plena de la finitud humana y del propio cosmos, es el factor determinante para que la voluntad de poder instaure un sistema de valor que posibilita el ejercicio de la libertad en el plano ontológico, histórico y social. La libertad no es un valor per se, sino un sistema de valoración que, a través de las fuerzas performativas y de su correspondiente dialéctica de la creación-destrucción, destrucción-creación, impulsa la transformación permanente del individuo, la sociedad, la cultura y el mundo. El ser libre nunca permanece idéntico a sí mismo. La voluntad de poder (*Der Wille zur Macht*) es la esencia de la ética de libertad. La certeza de lo fugaz de la existencia en el mundo, la conciencia de finitud, afirma la voluntad de poder ante el carácter inapelable de la muerte, y son las fuerzas performativas las que constituyen las condiciones de posibilidad de la transformación onto-histórica. La voluntad de poder y el recurso de las fuerzas performativas no se oponen a la muerte, no pretenden combatir la función disolutiva de la entropía, sino más bien, hacer de la existencia, por efímera que ésta sea, un acto de singularidad creadora-destructora, ¿o acaso destructora-creadora?; la dialéctica performativa no es unidireccional. ¿Acaso no dijo Nietzsche: *Este es mi universo dionisiaco que se crea y se destruye perpetuamente a sí mismo?* La singularidad onto-histórica es la consecuencia definitiva de la voluntad de poder, la cual no es propiedad natural de todos los seres, sino sólo de aquellos que están determinados por el instinto de afirmación de la diferencia, de la pulsión de autoafirmación del ser; de ahí, entonces, que no exista una cierta ética trascendental de la libertad, sino, más bien, una pluralidad de sistemas éticos de libertad, tantos como guerreros existen, o han existido, en el devenir de la historia. Sí, los valores de libertad conforman la ética del guerrero. Y el auténtico guerrero puede crear a partir de la destrucción, o también puede destruir partiendo de la creación, conforme a la disposición que haga de las fuerzas performativas de su contexto socio-histórico, en

la afirmación libre de su ser. No hay libertad en la indeterminación, el verdadero acto libre sólo puede acontecer en el marco de las determinaciones onto-históricas. La vocación del guerrero es la transformación permanente del orden existencial, histórico y social prevaleciente.

La deontología paranoica somete el devenir de la vida individual y colectiva al delirio del deber que instauran los principios fundamentales de la existencia, sean divinos, naturales y/o históricos. El ser es, no puede ser siendo porque implicaría que el no ser puede devenir ser; en consecuencia, el ser del ente es una necesidad metafísica, un deber trascendental. El dogma deontológico dona sentido y significado existencial al sino humano, en función del deber trascendental. Así, entonces, la voluntad del deber es el sustrato de la deontología paranoica. Los principios trascendentales que sustentan el sistema de valores de la deontología paranoica son revelados por la voluntad divina, reconocidos de las leyes metafísicas o naturales por la razón o derivados lógicamente de la dialéctica socio-histórica por el pensamiento materialista y, en consecuencia, no pueden, no deben cuestionarse a riesgo de convertirse en apóstata, mitómano o contra-revolucionario. De ahí, entonces, que los delirios deontológicos tengan un carácter sagrado, formal o socio-histórico, pero siempre revestidos de un cierto sentido religioso. Religión de lo divino, filosofía metafísica, ciencia natural o culto cívico. El acontecer de la vida es contingente pero los valores trascendentales son universales, unívocos, trans-histórico e irrecusables, por ende, allende la voluntad individual y/o popular, son los verdaderos determinantes de la vida recta, el destino justo y la salvación humana. En tal perspectiva, acaso no fue Lenin quien planteó: *¿Libertad? ¿para qué? La libertad y la igualdad sólo existirán en el orden establecido por los comunistas*; un orden que sólo deviene inexorable de la resolución socio-histórica que impone la dialéctica materialista. En cuanto contingente, la vida siempre se encuentra en falta, en deuda, en penuria, y sólo puede ser resarcida, redimida y consumada mediante la observancia del deber trascendental. La deontología paranoica funda la **Metafísica Binaria de Oposición** con que se encadena el instinto vital a los valores trascendentales.

En síntesis, la significación y el sentido de la vida, en la moral de esclavos, proviene del sistema de dominio vigente, mientras que en la ética de libertad deviene de la afirmación de la singularidad del ser y en la deontología paranoica deriva del deber trascendental. La voluntad de servidumbre genera esclavos, la voluntad de poder guerreros y la voluntad del deber profetas, misioneros. Para el esclavo la revolución es un medio de renovación del poder, para el guerrero un dispositivo de transformación onto-histórica y para el profeta-misionero un estado de transición al destino humano verdadero.

II

Al definir el sentido y el significado de la existencia, a su vez, los valores determinan las diferentes formas de relacionarse, de comprometerse, de involucrarse, de asumir el instinto vital propio del ser humano; de tal manera que el esclavo sólo permanece sumiso ante el devenir de la vida, el guerrero la habita con insaciable apetencia y el profeta-misionero se deja arrastrar disciplinado por los rígidos preceptos que dictan el recto vivir. La mansedumbre es la actitud humana fundamental para la voluntad de servidumbre, porque comporta la renuncia de sí, la renuncia del mundo y de los avatares del destino que conmocionan las emociones, las pasiones, las pulsiones, los apetitos del cuerpo y del espíritu, subvirtiendo la estabilidad orgánica del orden establecido en el cosmos. El esclavo siempre percibe la vida como una pesada carga, como un lastre del cual debe despojarse por entero para poder existir en comunión absoluta con el sistema de dominio prevaleciente. En consecuencia, la resignación a la vida y sus aciagas contingencias es la columna vertebral del sistema moral del esclavo. Por su parte, la asertividad es la actitud sustantiva para la voluntad de poder, dado que implica la afirmación de sí, de la propia singularidad del ser, la afirmación de los envíos vitales con todas sus inesperadas emergencias, aun cuando conmocionen el equilibrio de la corporalidad, del pensamiento y del alma. El guerrero anticipa la vida como una oportunidad siempre abierta para instaurar nuevas formas de ser, para revolucionar el orden de la existencia y crear modos alternativos de vivir. La provocación continua de los sentidos, de las pulsiones, de las sensaciones, de las facultades, es una copa que el guerrero degusta con divino placer. En tal perspectiva, la

autodeterminación vital de la existencia, pese a todos sus impredecibles riesgos, es el valor nodal del sistema ético del guerrero. La autodeterminación del ser es el sustrato de la libertad. Y en tanto, la docilidad disciplinada –no la *docilidad servil*, propia del esclavo– es la actitud nuclear de la voluntad del deber porque compromete las tensiones de la vida a la rectoría de los valores trascendentales, universales, primordiales, tales como la felicidad, la salvación, el honor, la justicia y/o la bondad, entre otros. El profeta-misionero advierte la vida como una oportunidad cerrada para alcanzar la existencia justa mediante la dialéctica de oposición, es decir, niega las pulsiones vitales para afirmar la “vida verdadera” subyacente en los valores que le preceden y le trascienden. La afirmación de la vida deviene por efecto de la negación de los instintos vitales y la aceptación de los azares de la existencia, a los cuales, instintos y azares, el profeta-misionero no teme de forma alguna, ni los asume como un peso insufrible, todo lo contrario, representan la ocasión para resistir la intemperancia y confirmar la templanza necesaria, la moderación indispensable, que imponen los valores trascendentales. A mayor intensidad de los instintos le es directamente proporcional la fuerza del estoicismo para resistirlos; a mayor adversidad de los infortunios del destino le corresponde una virtud superior para afirmarse en sus valores. La vida es un simple decurso de valores trascendentales en donde el profeta-misionero navega, fiel, sin desviarse un ápice del sino correcto, a riesgo de perderse, de condenarse. Así, entonces, la fidelidad es el valor primordial del sistema deontológico del profeta-misionero. La identidad onto-histórica de la voluntad del deber se realiza en la fidelidad irrestricta e intolerante a los valores que dotan de propósito final a la vida. El profeta-misionero prefiere martirizar la vida, renunciar a ella, antes que traicionar los valores mediante los cuales define su propia existencia.

El profundo miedo a vivir del esclavo propicia la integración funcional de la manada, donde el buen pastor, el líder moral, el caudillo carismático, etc., sólo es otro esclavo que goza del engañoso privilegio de someterse al bienestar del rebaño, a través de la preservación del sistema de sometimiento de los corderos. Mandar obedeciendo, gobernar sirviendo. El insaciable apetito vital propio del guerrero, por su parte,

genera misántropos ascetas, desarraigados de su contexto y de su tiempo específico de vida. Construir destruyendo los sentidos de la existencia, destruir construyendo los significados de la vida. En tanto, la irrevocable fidelidad al ideal de vida del profeta-misionero provoca la constitución de legionarios, de milicianos, de congregaciones, cuyo adalid suele ser el más fervoroso creyente, el más intolerante piadoso, el más devoto místico, dueño exclusivo de la única verdad que norma el devenir del destino humano. Existir legislando, promulgar viviendo.

Para seguir leyendo:

***Nietzsche, Friedrich. (2006) *La Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial, España**

***Savater, Fernando. (2009) *La Tarea del Héroe: Elementos para una Ética Trágica*. Ariel, España**

- Bibliografía:** Nietzsche, Friedrich. (2006) *La Genealogía de la Moral*. Alianza Editorial, España
- (2006) *La Voluntad de Poder*, EDAF, España
 - (2007) *Política para Amador*. Ariel, España
 - (2012) *Más Allá del Bien y del Mal*. Alianza Editorial, España
- Savater, Fernando. (2008) *Ética para Amador*. Ariel, España
- (2009) *La Tarea del Héroe: Elementos para una Ética Trágica*. Ariel, España

Francisco Marín: Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco (UAM-X). Profesor-Investigador de la Unidad 161, Morelia, de la Universidad Pedagógica Nacional (UPN). Ganador del X Certamen Nacional de Ensayo: “Alfonso Reyes”, convocado por el Consejo para la Cultura de Nuevo León, el Ayuntamiento de Monterrey, el Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, y la Universidad Autónoma de Nuevo León (1998). Ganador del 1^{er} Lugar de Poesía en Español, categoría adultos, del *International Poetry Competition “Féile Filíochta*, convocado por Dún Laoghaire-Rathdown County Council, Irlanda. (2003).-

Recibido 2/10/2015. Aceptado 26/10/2015.

